

ALFAGUARA

Manuel Vilas

Ordesa



Narrativa Hispánica

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Gracias a la vida, que me ha dado tanto.
Me ha dado la risa y me ha dado el llanto.
Así yo distingo dicha de quebranto,
los dos materiales que forman mi canto,
y el canto de ustedes, que es el mismo canto,
y el canto de todos, que es mi propio canto.*

VIOLETA PARRA

1

Ojalá pudiera medirse el dolor humano con números claros y no con palabras inciertas. Ojalá hubiera una forma de saber cuánto hemos sufrido, y que el dolor tuviera materia y medición. Todo hombre acaba un día u otro enfrentándose a la ingravidez de su paso por el mundo. Hay seres humanos que pueden soportarlo, yo nunca lo soportaré.

Nunca lo soporté.

Miraba la ciudad de Madrid y la irrealidad de sus calles y de sus casas y de sus seres humanos me llagaba por todo mi cuerpo.

He sido un eccehomo.

No entendí la vida.

Las conversaciones con otros seres humanos se volvieron aburridas, lentas, dañinas.

Me dolía hablar con los demás: veía la inutilidad de todas las conversaciones humanas que han sido y serán. Veía el olvido de las conversaciones cuando estas aún estaban presentes.

La caída antes de la caída.

La vanidad de las conversaciones, la vanidad del que habla, la vanidad del que contesta. Las vanidades pactadas para que el mundo pueda existir.

Fue entonces cuando volví otra vez a pensar en mi padre. Porque pensé que las conversaciones que había tenido con mi padre eran lo único que merecía la pena. Regresé a esas conversaciones, a la espera de lograr un momento de descanso en mitad del desvanecimiento general de todas las cosas.

Creí que mi cerebro estaba fosilizado, no era capaz de resolver operaciones cerebrales sencillas. Sumaba las matrí-

culas de los coches, y esas operaciones matemáticas me sumían en una honda tristeza. Cometía errores a la hora de hablar el español. Tardaba en articular una frase, me quedaba en silencio, y mi interlocutor me miraba con pena o desdén, y era él quien acababa mi frase.

Tartamudeaba, y repetía mil veces la misma oración. Tal vez había belleza en esa disfemia emocional. Le pedí cuentas a mi padre. Pensaba todo el rato en la vida de mi padre. Intentaba encontrar en su vida una explicación de la mía. Me volví un ser aterrorizado y visionario.

Me miraba en el espejo y veía no mi envejecimiento, sino el envejecimiento de otro ser que ya había estado en este mundo. Veía el envejecimiento de mi padre. Podía así recordarle perfectamente, solo tenía que mirarme yo en el espejo y aparecía él, como en una liturgia desconocida, como en una ceremonia chamánica, como en un orden teológico invertido.

No había ninguna alegría ni ninguna felicidad en el reencontro con mi padre en el espejo, sino otra vuelta de tuerca en el dolor, un grado más en el descendimiento, en la hipotermia de dos cadáveres que hablan.

Veo lo que no fue hecho para la visibilidad, veo la muerte en extensión y en fundamentación de la materia, veo la ingravidez global de todas las cosas. Estaba leyendo a Teresa de Ávila, y a esa mujer le ocurrían cosas parecidas a las que me ocurren a mí. Ella las llamaba de una manera, yo de otra.

Me puse a escribir, solo escribiendo podía dar salida a tantos mensajes oscuros que venían de los cuerpos humanos, de las calles, de las ciudades, de la política, de los medios de comunicación, de lo que somos.

El gran fantasma de lo que somos: una construcción alejada de la naturaleza. El gran fantasma es exitoso: la humanidad está convencida de su existencia. Es allí donde comienzan mis problemas.

Había en el año 2015 una tristeza que caminaba por todo el planeta y entraba en las sociedades humanas como si fuera un virus.

Me hice un escáner cerebral. Visité a un neurólogo. Era un hombre corpulento, calvo, con las uñas cuidadas, con corbata debajo de la bata blanca. Me hizo pruebas. Me dijo que no había nada raro en mi cabeza. Que estaba todo bien.

Y comencé a escribir este libro.

Pensé que el estado de mi alma era un vago recuerdo de algo que ocurrió en un lugar del norte de España llamado Ordesa, un lugar lleno de montañas, y era un recuerdo amarillo, el color amarillo invadía el nombre de Ordesa, y tras Ordesa se dibujaba la figura de mi padre en un verano de 1969.

Un estado mental que es un lugar: Ordesa. Y también un color: el amarillo.

Todo se volvió amarillo. Que las cosas y los seres humanos se vuelvan amarillos significa que han alcanzado la inconsistencia, o el rencor.

El dolor es amarillo, eso quiero decir.

Escribo estas palabras el 9 de mayo del año 2015. Hace setenta años, Alemania firmaba su rendición incondicional. En un par de días las fotos de Hitler serían sustituidas por las fotos de Stalin.

La Historia es también un cuerpo con remordimientos. Tengo cincuenta y dos años y soy la historia de mí mismo.

Mis dos hijos entran en casa ahora mismo, vienen de jugar al pádel. Hace ya un calor horrible. La insistencia del calor, su venida constante sobre los hombres, sobre el planeta.

Y el crecimiento del calor sobre la humanidad. No es solo el cambio climático, es una especie de recordatorio de la Historia, una especie de venganza de los mitos viejos sobre los mitos nuevos. El cambio climático no es más que una actualización del apocalipsis. Nos gusta el apocalipsis. Lo llevamos en la genética.

El apartamento en el que vivo está sucio, lleno de polvo. He intentado limpiarlo varias veces, pero es imposible. Nunca he sabido limpiar, y no porque no haya puesto interés. A lo mejor hay en mí algún residuo genético que me

emparenta con la aristocracia. Esto me parece bastante improbable.

Vivo en la avenida de Ranillas, en una ciudad del norte de España cuyo nombre no recuerdo ahora mismo: solo hay polvo, calor y hormigas aquí. Hace un tiempo tuve una plaga de hormigas, y las maté con el aspirador: cientos de hormigas aspiradas, me sentí un genocida legítimo. Miro la sartén que está en la cocina. La grasa pegada a la sartén. Tengo que fregarla. No sé qué les daré de comer a mis hijos. La banalidad de la comida. Desde la ventana se ve un templo católico, recibiendo impertérrito la luz del sol, su fuego ateo. El fuego del sol que Dios envía directamente sobre la tierra como si fuese una bola negra, sucia, miserable, como si fuese podredumbre, basura. ¿No veis la basura del sol?

No hay gente en las calles. Donde yo vivo no hay calles, sino aceras vacías, llenas de tierra y saltamontes muertos. La gente se fue de vacaciones. Disfrutaban en las playas del agua del mar. Los saltamontes muertos también fundaron familias y tuvieron días de fiesta, días de Navidad y celebraciones de cumpleaños. Todos somos pobre gente, metidos en el túnel de la existencia. La existencia es una categoría moral. Existir nos obliga a hacer, a hacer cosas, lo que sea.

Si de algo me he dado cuenta en la vida es de que todos los hombres y las mujeres somos una sola existencia. Esa sola existencia algún día tendrá una representación política, y ese día daremos un paso adelante. Yo no lo veré. Hay tantas cosas que no veré y que estoy viendo ahora mismo.

Siempre vi cosas.

Siempre me hablaron los muertos.

Vi tantas cosas que el futuro acabó hablando conmigo como si fuésemos vecinos o incluso amigos.

Estoy hablando de esos seres, de los fantasmas, de los muertos, de mis padres muertos, del amor que les tuve, de que no se marcha ese amor.

Nadie sabe qué es el amor.

2

Después de mi divorcio (ocurrido hace un año, aunque nunca se sabe muy bien el tiempo, porque no es una fecha, sino un proceso, aunque oficialmente sea una fecha; a efectos judiciales tal vez sea un día concreto; en cualquier caso, habría que tener en cuenta muchas fechas significativas: la primera vez que lo piensas, la segunda vez, el amontonamiento de las veces, la próspera adquisición de hechos llenos de desavenencias y discusiones y tristezas que van apuntalando lo pensado, y por fin la marcha de tu casa, y la marcha es tal vez la que precipita la cascada de acontecimientos que acaban en un taxativo acontecimiento judicial, que parece el fin desde el punto de vista legal; pues es el punto de vista legal casi una brújula en el despeñadero, una ciencia, en tanto en cuanto necesitamos una ciencia que dé racionalidad, un principio de certeza) me convertí en el hombre que ya había sido muchos años atrás, es decir, tuve que comprar una fregona y un cepillo, y productos de limpieza, muchos productos de limpieza.

El conserje del bloque de apartamentos estaba en la puerta. Hemos hablado un poco. Algo relacionado con un partido de fútbol. Yo también pienso en la vida de la gente. El conserje es de raza oriental, aunque su nacionalidad es ecuatoriana. Lleva mucho tiempo en España, no se acuerda de Ecuador. Yo sé que, en el fondo, envidia mi apartamento. Por muy mal que te vaya en la vida, siempre hay alguien que te envidia. Es una especie de sarcasmo cósmico.

Mi hijo me ha ayudado a limpiar la casa. Había un montón de correspondencia amontonada, llena de polvo. Cogías un sobre y notabas esa sensación mugrienta que deja

el polvo, casi a punto de ser tierra, sobre las yemas de tus dedos.

Había desvaídas cartas de amor antiguo, inocentes y tiernas cartas de juventud, las cartas de la madre de mi hijo y de quien fue mi mujer. Le he dicho a mi hijo que pusiera eso en el cajón de recuerdos. Hemos puesto allí también fotos de mi padre y una cartera de mi madre. Una especie de cementerio de la memoria. No he querido, o no he podido, detener la mirada ante esos objetos. Los he tocado con amor, y con dolor.

No sabes qué hacer con todas estas cosas, ¿verdad?, me ha dicho mi hijo.

Hay más cosas aún; están las facturas y los papeles que parecen ser importantes, como los seguros, y las cartas del banco, le he dicho.

Los bancos te arrasan el buzón con cartas deprimentes. Un montón de extractos bancarios. Me ponen nervioso las cartas del banco. Vienen a decirte lo que eres. Te impelen a la reflexión de tu nulo sentido en el mundo.

Me he puesto a mirar extractos bancarios.

¿Por qué te gusta tener la refrigeración tan alta?, me ha preguntado.

Tengo pánico al calor, mi padre también lo tenía. ¿Te acuerdas de tu abuelo?

Esa es una pregunta incómoda, porque mi hijo piensa que con esta clase de preguntas busco algún tipo de ventaja, algún tipo de tratamiento benévolo por su parte.

Mi hijo tiene capacidad de resolución y de trabajo. Ha sido exhaustivo ayudándome en la limpieza de mi apartamento.

De repente, mi apartamento me ha parecido que no valía el dinero que estoy pagando por él. Imagino que esa certidumbre es la prueba de madurez más obvia de una inteligencia humana bajo el peso del capitalismo. Pero gracias al capitalismo tengo casa.

He pensado, como siempre, en la ruina económica. La vida de un hombre es, en esencia, el intento de no caer en la ruina económica. Da igual a qué se dedique, ese es el gran

fracaso. Si no sabes alimentar a tus hijos, no tienes ninguna razón para existir en sociedad.

Nadie sabe si se puede vivir si no es socialmente. La estimación de los demás acaba siendo la única cédula de tu existencia. La estimación es una moral, conforma los valores y el juicio que existe sobre ti, y de ese juicio se desprende tu posición en el mundo. Es una lucha entre el cuerpo, tu cuerpo, donde reside la vida, y el valor de tu cuerpo para los demás. Si la gente te codicia, si codicia tu presencia, te irá bien.

Sin embargo, la muerte —esa loca sociópata— iguala todas las estimaciones sociales y morales con la corrupción de la carne, que sigue estando en activo. Se habla mucho de la corrupción política y de la corrupción moral, y muy poco de la corrupción de un cuerpo a manos de la muerte: de la inflamación, de la explosión de gases nauseabundos y de la conversión del cadáver en hediondez.

Mi padre hablaba muy poco de su madre. Solo recordaba lo bien que cocinaba. Mi abuela se marchó de Barbastro a finales de los años sesenta y ya no volvió más. Se iría allá por 1969. Se fue con su hija.

Barbastro es el pueblo en el que yo nací y en donde me crie. Cuando nací tenía diez mil habitantes. Ahora tiene diecisiete mil. Conforme pasa el tiempo, ese pueblo tiene ya la fuerza de un destino cósmico, y a la vez privado.

A ese deseo de convertir lo informe en un personaje con forma los antiguos lo llamaron «alegoría». Porque para casi todos los seres humanos el pasado tiene la concreción de un personaje de novela.

Recuerdo una foto de los años cincuenta de mi padre, en donde sale dentro de su Seat 600. Casi no se le distingue, pero es él. Es una foto extraña, muy de aquella época, con calles como recién aparecidas. Al fondo hay un Renault Ondine y un corro de mujeres; mujeres de espaldas, con sus bolsos, mujeres que ahora estarán ya muertas o serán ancianas. Distingo la cabeza de mi padre dentro del Seat 600 con matrícula de Barcelona. Nunca aludió a ese hecho, al hecho de que su primer Seat 600 llevara matrícula de Bar-

celona. No parece ni verano ni invierno. Puede ser finales de septiembre o finales de mayo, eso calculo por la ropa de las mujeres.



Poco cabe decir del desmoronamiento de todas las cosas que han sido. Cabe señalar mi personal fascinación por ese automóvil, por ese Seat 600, que fue motivo de alegría para millones de españoles, que fue motivo de esperanza atea y material, que fue motivo de fe en el futuro de las máquinas personales, que fue motivo para el viaje, que fue motivo para el conocimiento de otros lugares y otras ciudades, que fue motivo para pensar en los laberintos de la geografía y de los caminos, que fue motivo para visitar ríos y playas, que fue motivo para encerrarse dentro de un cubículo separado del mundo.

La matrícula es de Barcelona, y el número es un número perdido: 186.025. Algo quedará de esa matrícula en alguna parte, y pensar eso es como tener fe.

Conciencia de clase es lo que no debe faltarnos nunca. Mi padre hizo lo que pudo con España: encontró un trabajo, trabajó, fundó una familia y murió.

Y hay pocas alternativas a estos hechos.

La familia es una forma de felicidad testada. La gente que decide quedarse soltera, como se ha demostrado estadísticamente, muere pronto. Y nadie quiere morir antes de hora. Porque morir no tiene ninguna gracia y es algo antiguo. El deseo de muerte es un anacronismo. Y eso lo hemos descubierto hace poco. Es un descubrimiento último de la cultura occidental: es mejor no morir.

Pase lo que pase, no te mueras, sobre todo por una cosa bien sencilla de entender: no es necesario. No es necesario que uno se muera. Antes se creía que sí, antes se creía que era necesario morir.

Antes la vida valía menos. Ahora vale más. La generación de riquezas, la abundancia material, hace que los desaharrados históricos (aquellos a quienes hace décadas les daba igual estar vivos que muertos) amen estar vivos.

La clase media española de los años cincuenta y sesenta trasladó a sus vástagos aspiraciones más sofisticadas.

Mi abuela murió no sé ni en qué año. Tal vez fuese en 1992 o 1993, o en 1999 o en 2001, o en 1996 o en 2000, por ahí. Mi tía llamó por teléfono con la noticia de la muerte de la madre de mi padre. Mi padre no se hablaba con su hermana. Dejó un mensaje en el contestador. Yo oí el mensaje. Venía a decir que, aunque se llevaran mal, compartían la misma madre. Eso: que tenían la misma madre, lo cual era motivo de acercamiento. Yo me quedé pensativo cuando oí ese mensaje, siempre entraba una luz muy fuerte en la casa de mis padres que hacía que los hechos perdieran consistencia, porque la luz es más poderosa que las acciones humanas.

Mi padre se sentó en su sillón. Un sillón de color amarillo. No iba a ir al entierro, fue su decisión. Había muerto en una ciudad lejana, a unos quinientos kilómetros de Barbastro, a unos quinientos kilómetros de donde en ese momento mi padre recibió la noticia de la muerte de su madre. Simplemente, pasó de ir. No le apetecía ir. Conducir tanto. O subirse a un autobús durante horas. Y tener que buscar ese autobús.

Ese hecho generó cataratas de otros hechos. No me interesa enjuiciar lo que pasó, sino narrarlo o decirlo o celebrarlo. La moralidad de los hechos es siempre una construcción de la cultura. Los hechos en sí mismos sí son seguros. Los hechos son naturaleza, su interpretación es política.

Mi padre no fue al entierro de mi abuela. ¿Qué relación tenía con su madre? No tenía ninguna relación. Sí, claro, la tuvieron al principio de los tiempos, no sé, allá por 1935 o por 1940, pero esa relación se fue evaporando, desapareciendo. Yo creo que mi padre debería haber ido a ese entierro. No por su madre muerta, sino por él, y también por mí. Al desentenderse de ese entierro estaba decidiendo también desentenderse de la vida en general.

El supremo misterio es que mi padre amaba a su madre. La razón de que no fuera a su entierro se cimienta en que su inconsciente rechazaba el cuerpo muerto de su madre. Y su yo consciente estaba alimentado por una pereza invencible.

Se mezclan en mi cabeza mil historias, relacionadas con la pobreza y con cómo la pobreza te acaba envenenando con el sueño de la riqueza. O con cómo la pobreza engendra inmovilidad, falta de ganas de subirse a un coche y hacer quinientos kilómetros.

El capitalismo se hundió en España en el año 2008, nos perdimos, ya no sabíamos a qué aspirar. Comenzó una comedia política con la llegada de la recesión económica.

Casi tuvimos envidia de los muertos.

Mi padre fue quemado en un horno de gasoil. Él nunca manifestó ningún deseo de lo que quería que hiciéramos con su cadáver. Nos limitamos a quitarnos de encima el muerto (el cuerpo yacente, aquello que había sido y ahora no sabíamos qué era), como hace todo el mundo. Como harán conmigo. Cuando muere alguien, nuestra obsesión es borrar el cadáver del mapa. Extinguir el cuerpo. Pero por qué tanta prisa. ¿Por la corrupción de la carne? No, porque ahora hay neveras muy avanzadas en el depósito de cadáveres. Nos espanta un cadáver. Nos espanta el futuro, nos espanta aquello en lo que nos convertiremos. Nos aterrori-

za la revisión de los lazos que nos unieron a ese cadáver. Nos asustan los días pasados al lado del cadáver, el montón de cosas que hicimos con ese cadáver: ir a la playa, comer con él, viajar con él, cenar con él, incluso dormir con él.

Al final de la vida de la gente, el único problema real que se presenta es qué hacer con los cadáveres. En España hay dos posibilidades: la inhumación o la incineración. Son dos bellas palabras que hunden sus raíces en el latín: convertirte en tierra o en ceniza.

La lengua latina prestigia nuestra muerte.

Mi padre fue incinerado el 19 de diciembre del año 2005. Ahora me arrepiento, fue una decisión tal vez apresurada. Por otra parte, el hecho de que mi padre no fuera al entierro de su madre, es decir, de mi abuela, tuvo que ver con que lo quemáramos. ¿Qué es más relevante, señalar mi parentesco y decir «mi abuela» o señalar el de mi padre y decir «su madre»? Dudo qué punto de vista elegir. Mi abuela o su madre, en esa elección está todo. Mi padre no fue al entierro de mi abuela y eso tuvo que ver con lo que hicimos con el cadáver de mi padre; tuvo que ver con que decidiéramos quemarlo, incinerarlo. No tiene que ver con el amor, sino con la catarata de los hechos. Hechos que producen otros hechos: la catarata de la vida, agua que está corriendo todo el rato, mientras enloquecemos.

También me doy cuenta en este instante de que en mi vida no han sucedido grandes cosas, y sin embargo llevo dentro de mí un hondo sufrimiento. El dolor no es en absoluto un impedimento para la alegría, tal como yo entiendo el dolor, pues para mí está vinculado a la intensificación de la conciencia. El sufrimiento es una conciencia expandida que alcanza a todas las cosas que han sido y serán. Es una especie de amabilidad secreta con todas las cosas. Cortesía con todo lo que fue. Y de la amabilidad y la cortesía nace siempre la elegancia.

Es una forma de conciencia general. El sufrimiento es una mano tendida. Es amabilidad hacia los otros. Mientras sonreímos, por dentro desfallecemos. Si elegimos sonreír en vez de caernos muertos en medio de la calle es por elegan-

cia, por ternura, por cortesía, por amor a los otros, por respeto a los otros.

Ni siquiera sé cómo estructurar el tiempo, cómo definirlo. Regreso a esta tarde de mayo de 2015 que estoy viviendo en este instante y veo esparcidos de forma caótica encima de mi cama un montón de medicamentos. Los hay de todas las clases: antibióticos, antihistamínicos, ansiolíticos, antidepresivos.

Y aun así, celebro estar vivo y lo celebraré siempre. Sobre la muerte de mi padre va cayendo el tiempo, y ya muchas veces tengo dificultades para recordarlo. Sin embargo, esto no me entristece. Que mi padre camine hacia la disolución total, en tanto en cuanto yo soy, junto con mi hermano, el único que lo recuerda, me parece de una alta hermosura.

Mi madre murió hace un año. Cuando ella vivía, algunas veces quise hablar de mi padre, pero ella rehusaba la conversación. Con mi hermano tampoco puedo hablar demasiado de mi padre. No es un reproche, en absoluto. Entiendo la incomodidad, y en cierto modo el pudor. Porque hablar de un muerto, en algunas tradiciones culturales, o al menos en la que me tocó a mí, supone un fuerte y acre grado de impudor.

De modo que me quedé a solas con mi padre. Y soy yo la única persona en este mundo —ignoro si lo hará mi hermano— que lo recuerda a diario. Y a diario contempla su desvanecimiento, que acaba convertido en pureza. No es que lo recuerde a diario, es que está en mí de forma permanente, es que yo me he retirado de mí mismo para hacerle hueco a él.

Es como si mi padre no hubiera querido estar vivo para mí, quiero decir que no quiso revelarme su vida, el sentido de su vida: ningún padre quiere ser un hombre para su hijo. Todo mi pasado se hundió cuando mi madre hizo lo mismo que mi padre: morirse.